

ALGUNAS CONSECUENCIAS EPISTEMOLÓGICAS DE PENSAR LA ESTÉTICA EN LOS PRINCIPIOS DE LA FORMACIÓN EN PSICOLOGÍA

*Mariano Fernández Sáenz**

Resumen. Al tiempo que se se argumenta en favor de la diversidad epistémica y paradigmática dentro de un plan de estudios en psicología, se señala la inclusión del cuestionamiento estético como posibilidad para la reintroducción en *la psicología* académica de dimensiones de *lo psicológico*, de *lo psíquico*, que parecen excluidas al haberse segregado de la tarea del conocimiento la pregunta filosófica por el saber y por la verdad, así como toda relación entre saber y subjetivación.

Palabras clave: psicología, estética, conocimiento, saber, subjetivación.

Abstract. While it is argued in favor of epistemic and paradigmatic diversity within the curriculum in psychology, arises the inclusion of aesthetic issues as a possibility for reintroduction into academic *psychology* of the psychological dimensions of the *psyche*, which seem to have been excluded from the task segregated the philosophical question of knowledge for knowledge and truth, and any relationship between knowledge and subjectivity.

Key Words: psychology, aesthetics, knowledge, knowledge, subjectivity.

*

Profesor Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica. Psicoanalista.
Comentarios a propósito del Primer Congreso de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica
(abril 2010)

Recepción: 29/6/2010 Aceptación: 26/8/2011

Este congreso esta animado por la voluntad de abrir un foro de análisis y debate respecto a las orientaciones actuales y futuras de esta Escuela de Psicología. Es altamente llamativo que en la convocatoria, al establecer ejes temáticos, se haya incluido, no más empezando (y que conste que no están en orden alfabético), a la estética. Cito: “-Aspectos generales de la Escuela de Psicología: Principios Orientadores (consideraciones éticas y estéticas), políticas, estrategias y ejes de desarrollo general” (Escuela de Psicología UCR, 2010, p.2).

De los otros aspectos aludidos aquí (ética, políticas, etc.) no sorprende nada su inclusión. Pero ¡la estética! Y además, ¡dentro de los muy determinantes “principios orientadores”! Esto no podía ser más que un error (o un requerimiento estético, ¿para que rimara con ética?), o tal vez, un desliz, o una emergencia de algo radicalmente nuevo. En esto había, para mí, un enigma a desentrañar (¿qué tendría *en mente* quien determinó, de cara a la formación en psicología, atender a la estética, e incluso a lo ético-estético?) y algo me hacía un guiño y me llamaba a participar, pues, la verdad, sí había considerado alguna vez que *esta* psicología está en deuda con la estética y arrastra de ello algunas implicaciones que considero problemáticas. Más adelante procuraré explicar y mostrar los alcances de esta afirmación. Es así que en algo debo mi participación a quien, sorprendentemente, tuvo a bien poner la estética en la agenda de esta actividad, ya que de otro modo creo que no habría encontrado el camino para llegar a dicho punto.

Dispongo de otra motivación, posiblemente más formal, para participar en este congreso. Y me valdré de un símil para presentarla: puedo pensar a la Escuela de Psicología como a un pequeño ecosistema tropical, funcional, con variedad de organismos vivos que comparten el mismo hábitat, en equilibrio inestable, dinámico, con ciclos de vida y muerte, con algunas relaciones de interdependencia y complejas interacciones, siendo lo esencial de esta imagen la existencia de un sorprendente mecanismo que conserva y sostiene la diversidad. Y sucede que por estos tiempos guardo la impresión (¿será infundada?, ¿será tan sólo que he envejecido más de lo que pensaba?) de que el ecosistema está en peligro y eso me convoca a hablar (y a divagar) hoy aquí. Temo que nos vayan a secar el manglar para hacer una cancha de golf, que nos cierren el acceso a la playa, que nos pongan una mina a cielo abierto, que nos hagan creer que la realidad son unos macroindicadores de algún tipo y que, nuestra única alternativa es integrarnos al movimiento inexorable de un supuesto progreso (del saber). Y temo porque soy parte de esta fauna y porque reclamo la biodiversidad.

También estoy aquí por otra imagen más reciente, de enorme pregnancia, que refuerza la precedente: la entrada intempestiva, violenta, de 50 miembros armados del poder, del poder judicial, a la Universidad de Costa Rica, tuvo toda la fuerza para dar forma a vagas preocupaciones ya sentidas. Lo que fue lesionado fue el principio de la autonomía universitaria, principio orientado a la protección

y preservación de un espacio para la diversidad y amplitud de los saberes al margen de las veleidades del poder (acierta Rodolfo Cerdas cuando recuerda que los proyectos golpistas no concluían con la toma de cuarteles o casas de gobierno sino con la entrada en las universidades). ¿No fue acaso este suceso un signo de los tiempos? Tiempos donde poco interesa la autonomía del saber y mucho su puesta al servicio de algo (intereses económicos, políticos, "tendencias" del conocimiento, etc.). Siendo que el ámbito de los psicólogos no se ha librado de estas presiones, manifiestas tal vez de forma más sutil, ¿no sería esta acaso una muy buena ocasión para analizar cómo hemos vivido y respondidos a estos embates?

Vuelvo sobre el asunto de la estética en esta excitativa a pronunciarnos sobre nuestra Escuela de Psicología. He de decir que así como encontré una sutil invocación para hablar de estética, hallé al mismo tiempo, en la convocatoria, muchos elementos que se le contrapondrían y que bloquearían su ingreso en nuestra agenda. Aspecto este que ilustra, *in situ*, cuán por fuera está la estética de todo esto, su carácter advenedizo. La convocatoria es solemne, habla de un "momento fundamental de reflexión", de los "formidables retos venideros", de "reflexión propositiva", de "retroalimentación", dos veces hace referencia a que se tratará de los "temas relevantes", dice también de "áreas de intervención problemática", de "prácticas profesionalizantes", etc. Y, bueno, la estética, a primera vista, bien parecería cualquier cosa menos "relevante" o importante, frente estos apremios perentorios con los que estaría debatiéndose la Psicología (¿acaso podría salvarse reconsiderando el problema de lo bello?, iparece dudoso!). Y yo opté por este asunto de la estética porque me ha parecido "interesante" (y aún conservo además la curiosidad de por qué alguien lo incluyó). Y en esto reflejo un rasgo bastante pequeñoburgués, el privilegio de interesarse uno no por lo que es, moral o apriorísticamente, "importante", sino por lo que interesa, que de paso no tendría porque carecer de eso que se llama importancia (así como lo "importante" tampoco tiene garantizada su importancia). Tal vez esté en juego otra ética en esto de construir la importancia desde el interés y no desde la prescripción. Y privilegiar este lugar del "interés subjetivo" – justo en la definición de lo psicológico – no carece de interés. (¿O es que acaso – por ejemplo - en "la convocatoria" no habría nada psicológico y es ella un lugar firme desde el cual lo psicológico es dicho pero no es susceptible de observación?).

Al hablar de estética me quiero circunscribir a una única dimensión de la misma, a esa que señala que lo propio de los *productos* artísticos, de las obras creadoras, es que problematizan sus propias aspiraciones formalizadoras y estructurantes, tesis que desarrolla magistralmente el teórico del arte Leo Bersani (1986). Dicho en otros términos, dicen algo de su decir; plantean relaciones complejas entre lo que quisiéramos llamar la forma y el fondo, o continente y contenido, relaciones que muestran el carácter indisociable de dichos términos.

Lo dicho dice del lenguaje y lo crea al mismo tiempo. Ejemplos por antonomasia serían la música y la poesía. En la estética esta pregunta difícil por la relación de estas dos "instancias" está abierta permanentemente. Nunca la obra es el "mensaje" en ausencia de su "soporte", de su modo de decir y de sus condiciones de posibilidad de decir algo. En el caso del lenguaje literario esto que expresamos se refleja en una relación reconocida entre el significado y el movimiento en el discurso (y no que el significado está preestablecido en un discurso en reposo). Significante y significado están dinámicamente relacionados, mas no unidos. No vale pues la positivización del lenguaje ni la presunción de isotopía de los saberes (Foucault, 2009), que hace pensar que todos están puestos en una mesa común, y que hablan desde una homogénea posibilidad de comunicación de una realidad estable que los precede. La estética destacaría en cada enunciado su condición de enigmática manifestación del ser, más allá de su lugar en la comunicación. La estética destacaría las posibilidades de "una voz que continuamente rechaza adherirse a sus enunciados" (Bersani, 1986, p.27), aún cuando esto la lleve fuera del sentido conocido. En el lenguaje literario, en el movimiento estético, habría - al decir de Leo Bersani - algo que "erosiona los propios enunciados", que *"no son sólo una puesta en forma de algo ("coming-into-form") sino también una subversión de las formas, incluso un tipo de resistencia política de las seducciones formales de todos los discursos coercitivos"* (Bersani, 1986, p.5).

La discusión estética, así planteada, muestra la problematización de las formas y el lugar de las formas excluidas. Tratándose de la psicología académica, ¿qué formas (del saber) imperan?, ¿cuáles han quedado por fuera? Creo que por fuera han quedado, justamente, las que hacen de la estética un problema en ese sentido que recién he anotado, y que desde ciertas premisas sobre el problema de la representación, asumen que el asunto a tratar es *el fondo* de las cosas, que no sería tributario de sus *formas*. Y es, justamente en ese sentido, que *me hace falta* la estética.

Un conocido comentario de Freud, de 1916, que evoca esta temática, no deja de sorprender por su acrecentada vigencia:

"...ni un fragmento del interés de ustedes fue dirigido a la vida psíquica, que, no obstante, corona el funcionamiento de este organismo maravillosamente complejo. Por eso le es ajeno un modo de pensamiento psicológico y se han habituado a mirarlo con desconfianza, a negarle carácter de cientificidad y a abandonarlo a los legos, a los poetas, a los filósofos de la naturaleza y a los místicos" (1994, p.17).

El abandono de la consideración estética justamente hace referencia a esa disposición que repudia y relanza a las artes ciertos modos del saber y del sentir lo psicológico, al que se le mira así, con desconfianza, pues tal proximidad haría

de la psicología algo muy artístico, literario, filosófico, esotérico ¿Y qué de que la psicología se haga algo muy científico-natural, muy técnico, muy pragmático, muy operativo, muy médico, muy psiquiátrico, muy psicofarmacológico, al aire de los tiempos?, ¿esas variantes no nos inquietarían por lo menos de la misma manera, por lo menos en lo que desatienden la búsqueda de alguna especificidad de lo psicológico? ¿Más aún cuando están ya en curso? Y lo cierto es que la *estetización de la psicología* definitivamente no es ninguna amenaza y ciertamente no está en curso y no está escrita en ningún lado (tal vez sólo en la convocatoria de este congreso).

¿Puede articularse un saber *psicológico* sin desconfianza ni abandono de lo que se reconoce ambiguamente como *psicológico* pero no propio de la *psicología*? Y no, no sería para hacer literatura, ni filosofía, ni humanidades, sino para hacer psicología. Para no renunciar a una cierta dimensión de lo psíquico que ha sido cedida.

En las líneas anteriores creo haber decantado dos formas de atender a lo *psi* que propongo – tal vez de manera algo simple - llamar *la psicología* y *lo psicológico* (como se verá *la* y *lo* no hacen referencia aquí a una nueva dimensión de la guerra de los sexos, aunque no dejen de ser llamativas ciertas alusiones, respectivamente, a lo fálico y a la falta).

La psicología. Bajo estos términos me refiero a cierta disposición a adecuarse a los discursos de *la psicología*, más que a producirlos, y a atender a sus condiciones de posibilidad. Desde aquí psicología es lo que los psicólogos y la psicología dicen y hacen. Es algo profundamente circular. *La psicología* estaría comprometida con el discurso de *la psicología*, con su programa de investigación, definido en mucho por las siempre nuevas tendencias científicas *actuales* en psicología, el *mainstream* de la investigación “mundial”, dentro de un marco de ciencia estándar (normal), más que con la problematización de su temario. El problema epistémico es el del conocimiento, que no el del saber y mucho menos el de la *verdad* (eso a lo que remitía el *Lucem Aspicio* del escudo de esta universidad), conocimiento que apunta a un objeto de la psicología naturalizado, cuyo correspondiente sujeto está esencialmente ausente, o lo que es lo mismo, sólo existe como objeto. Estas consideraciones sobre el objeto se afirman más por la vía de la praxis, de un énfasis en las técnicas, que de la teorización-problematización de dicho objeto; así la psicología reduce los asuntos humanos a materia psicológica.

Lo *psi* en general está aquí altamente instrumentalizado, es *relevante*, sirve para algo, va para algún lado, de suerte que la psicología no logra dejar de verse muy técnica y muy positivista aún cuando pretende ser muy teórica, en un sentido amplio. Esto está directamente ligado a que la psicología forma profesionales en psicología (que no necesariamente psicólogos), prestadores de servicio, que encuentran un lugar dentro de la oferta y la demanda que plantea el mercado

laboral. (Y nada que satanizar en esto, pero confieso que lejos de la dimensión pragmática, utilitaria yo ví alguna vez en la psicología el lugar donde dar curso a alguna que otra aspiración fáustica). Esta psicología ciertamente no está concernida con la *psique*, con el *alma* que su etimología recuerda. Y parece que no tiene mayores inconvenientes en ser una psicología sin *psique*, sin *psiquismo*. Y tal vacío la lleva a terminar promoviendo esa *función psi* que destaca Foucault (en Allouch, 2007), tan favorable a un nuevo desdibujamiento de la psicología al medicalizarse. *Función psi* son esos discursos y esas prácticas en los que se hace funcionar a la realidad como un poder. Y esto de manera tautológica: una cierta voluntad – que puede ser el saber psicológico – define qué es y donde está la realidad y luego, dictamina que no hace más que guiarse por esa evidente realidad, por lo que ella dicta y muestra de manera inapelable. Esa realidad *evidente* no sólo marca el camino de lo verdadero sino también el del bien y el de la norma. ¿Será acaso esa la única posibilidad que se le plantea al psicólogo en estos tiempos, la de ser/actuar desde/en la identificación con el poder de la *realidad*?

Procuró mostrar aquí como la psicología al emular al saber médico y científico, psiquiátrico, aspirando a seguir sus cauces, reproduce sus vicios o participa de ellos. En todo esto traigo de visita a la psicología – y hasta parafraseo – un cuestionamiento que ciertos círculos psicoanalíticos – y particularmente el psicoanalista Jean Allouch (2007), a quien retomo ampliamente – han dirigido contra la propia participación del psicoanálisis, de manera más o menos ingenua, en la medicalización de su práctica. Y haciendo extensible a la psicología ese debate podríamos preguntarnos ¿esta *función psi* – a la que “parecemos suscribirnos con las mejores intenciones” – es ella una función de psicólogo? ¿no había algo en lo psicológico, que recusaba una evidencia de la realidad, justamente, porque estaba mediatizada psicológicamente? Recordará Allouch (2007) que en el psicoanálisis freudiano esto llegaba hasta el punto de que realidad era casi tan sólo el nombre de un principio (el principio de realidad), con lo que se ponía en suspenso toda identificación de la realidad.

Estoy oponiendo a “la psicología” “lo psicológico”. Y esto último es algo que se persigue allí donde esté... y muchas veces ino es en la psicología donde parece estar! y sí tal vez en la filosofía, en la sociología, en las artes, en el problema de la cultura. Y si la psicología parece continuamente plantearnos que eso a lo que atiende está “fuera” de sí, es una realidad exterior (aunque se trate de una neurona), lo psicológico, no excluye encontrarlo en ese mismo que habla, en *sí mismo*. Su búsqueda no se detiene por el reparo de estar operando bajo el reconocido canon científico pues se reconocen tanto otras formas del saber como otras consideraciones de lo científico.

En relación con “lo psicológico” se hace presente también otro estatuto del saber. Este no se adquiere sin alguna conversión del sujeto, sin alguna

consecuencia sobre sí en el plano de la subjetivación. Sin el riesgo de que, luego, pueda no uno no ser el mismo. No son saberes que se llevan en la epidermis, desechables, rápidamente intercambiables. (¿Es que el saber sólo podía ser instrumental, pragmático?, ¿podemos imaginar todavía el acceso a alguna idea capaz de quitar el sueño y hasta el modo de andar?). Tal estatuto y poder del saber (que no del conocimiento) estaría asociado a la consideración de una potencia del lenguaje, a un poder de las palabras, más allá de su uso comunicativo y de las prácticas de sugestión. Puedo mostrar un ejemplo de lo que señalo en el texto de la convocatoria a este Congreso: se habla de participar siendo, en un segundo momento, propositivo, ¿y qué tal si lo propositivo es el texto mismo que presento; este planteamiento y lo que él pueda generar? ¿Es que necesariamente se ha de gestar el discurso del hacer como separado del decir (no es esto un resto de la separación teoría-práctica)? Personalmente me opongo a esas lecturas que desembocan en un "Sí, eso está muy lindo, pero ahora habría que hacer algo...". Creo entender que hay preocupación por las palabras que no hacen, pero sé también que hay actos que dicen mucho, y que hay palabras que son un hacer y que tienen toda la dimensión de los actos, y sé aún mejor, que los actos, las prácticas, sustraídos de la dimensión del decir no pasan de ser entrenamientos, condicionamientos. No quiero – tratando de ser propositivo – repetir la dinámica de responder a las preguntas que puedo hacer, de seguir una secuencia de preguntas-respuestas, de interrogar y resolver; no sé la respuesta de mis preguntas; espero que mis preguntas echen a correr y tal vez susciten algo, lleven en sí un germen de algo. Una pregunta no es sólo algo para ser satisfecho, contestado). Esto mismo estaría en juego en lo de atreverse a hacer preguntas que no se pueden contestar y a hablar de lo que no se sabe. Hablar de lo que "bien se sabe" nos reduce a los re-conocimientos.

Insistir en que el acceso a la verdad es inseparable de un cambio en el modo de ser es una tesis que nos pone en resonancia con ecos distantes de viejas escuelas de pensamiento de la antigüedad griega y ciertamente es algo en desuso. Nuestra psicología – aunque no toda ella – parece estar más en la tradición – que Descartes mediante – ha hecho del saber una capacidad, una destreza que se suma al individuo y que amplía su *performance*. Para adquirirla puede bastar con la inmersión en un dispositivo, en un plan de estudios, con abrir los ojos, con "razonar sanamente, de manera recta", con matricularse en x universidad (no otra cosa muestra la publicidad de muchas universidades: ¡haremos de usted un gran profesional!). Sólo alguna tara, o algún atraso en el pago de las mensualidades, podrían bloquear el casi inevitable acceso al saber. Siendo que – afirma Allouch: "Basta con que el sujeto sea lo que es para tener, en el conocimiento, un acceso a la verdad que está abierta a él por su estructura propia de sujeto" (2007, p.27). Y cuando las prácticas educativas se cargan de estas propuestas de conocimiento en las que alcanza con ser lo que ya se es, en las que de ninguna

manera está puesta en juego la condición del sujeto, de la que se prescinde buenamente, volvemos a encontrar validez en las palabras que oímos de Néstor Braunstein, en estos pasillos, en los años 80's, cuando alertaba, comentando a Lacan, de que el discurso científico era la ideología de la desaparición del sujeto (hay una realidad natural y se trata de leerla bien) y que la psicología no se sustraía con facilidad de ser una práctica ideológica a su servicio. Ciertamente es preocupante la orientación tecnocrática en la empresa del conocimiento, que lo reduce a formalidades y que concibe la posibilidad de salir ileso del encuentro con la universidad, o más claramente de que la universidad no sea un encuentro crucial en la vida de nadie. En esto vemos operando tendencias mundiales en la educación, globalizantes, altamente preocupantes en sus implicaciones políticas: la supresión de la dimensión subjetiva destruye toda posibilidad de revisión de las condiciones de participación de los sujetos en la vida política y tiende a proponer como naturales las formas de dominación. Y en esto, sacrificamos mucho si perdemos cierta problemática y necesaria tensión con nuestra condición de Aparato Ideológico de Estado (Althusser, 1997): podemos formar profesionales, pero no sólo eso.

Concluyo. En este escrito impugno cierta reducción de la psicología a una tecnología (en su discurso, en su propuesta de saber, en sus prácticas). Confirmando que acierta la convocatoria de este congreso en anotar que las consideraciones estéticas son esenciales en los principios orientadores de la psicología, pues de ahí derivan implicaciones epistemológicas fundamentales. A la inversa, las diferentes tradiciones epistémicas (expresadas en lo multiparadigmático) producen diferentes valoraciones de lo estético y ponen en juego muy distintas formas de hacer – pero sobretodo de pensar – en *lo psicológico* dentro de *la psicología*, siendo que estos dos términos – como he procurado mostrar – no pueden reducirse automáticamente el uno al otro. El tono de mi reflexión obedece, sin embargo, a la atención de ciertos signos inquietantes que hacen pensar que podríamos perder algunas de las ventajas de eso que algunos ven como nuestro *rezago* por querer, ya por unas razones, ya por otras, no quedar por fuera de las tendencias internacionales o de las necesidades del mercado laboral. Que la estética de esta escuela ha cambiado, basta escucharla, su estética es bastante “realista” y a veces “naturalista”, no gusta mucho de las ficciones, de sus juegos, y por tanto, tampoco de la seriedad del lenguaje; como he querido destacar, este es un signo que dice de un cambio en el balance de nuestra diversidad. Llegando al final de esta reflexión le devuelvo la pregunta a quienes convocaron a esta necesaria actividad, a quienes de paso agradezco y felicito por el espacio que han generado: ¿era acaso a esto a lo que se referían al pensar a la estética como principio orientador? Su eventual respuesta me genera profunda curiosidad.

Referencias bibliográficas

Allouch, J. (2007). *La psychanalyse est-elle un exercice spirituel?* Paris: EPEL.

Althusser (1977). Ideología y aparatos ideológicos de Estado. En: *Posiciones*. México: Editorial Grijalbo.

Bersani, L. (1986). *The freudian body. Psychoanalysis and art*. New York: Columbia University Press.

Escuela de Psicología. Universidad de Costa Rica (2010). Convocatoria a Congreso de la Escuela de Psicología.

Foucault, M. (2009), *Le corps utopique. Les heterotopies*. Paris : Nouvelles Editions Lignes.

Freud, S. (1994). Conferencias de introducción al psicoanálisis (1era conferencia. Introducción). En: *Obras completas*, volumen 15. Buenos Aires: Amorrortu editores.